

Del Día

IV

Y con este artículo, ponemos fin, á la série, dos veces no seguida, en la que nos propusimos probar, á nuestro modo, que el desagravio y la carencia de *educación industrial*, si se nos permite la frase, son, quizá, los fundamentales orígenes de las diarias quejas de todos los individuos que forman la familia social.

Resumiendo en el presente artículo, cuanto ya hemos expuesto en los cinco precedentes, diremos: Que los altos, ó sean los ricos; los regulares, ó sean los de clase media y los pigmeos, ó los que encarnan y forman el proletariado, todos á una, juntos y separadamente se quejan y tienen razón que les sobra.

Los primeros porque no encuentran el agradecimiento en los que sustentan, con y por su trabajo; los segundos porque son desatendidos por los que van á la cabeza y por los que forman los pies; de aquellos, los de la cabeza, por falta de caridad; estos los de lo pies, por escasez de medios.

Y, por último, los pobres, estos merecen párrafo aparte, y consideraciones más estudiadas.

A estos nos dirigimos principalmente, y á estos hemos de aconsejar, con verdadera fé, sin falsía ni dolo; sin esperar nada de ellos y sin pretender nada de ellos igualmente; porque son de nuestra familia; porque nos honran dándonos puesto en su tan humilde como digna condición.

Nosotros velamos noche y día por nuestro pan; no vacilamos en quitarle á nuestro sueño unas horas, para ganarlas en nuestro trabajo, dando ejemplo á nuestros semejantes, con este proceder, de que el pan nuestro hay que amasarlo con lágrimas y con desvelos, y que, aquí, en este mísero destierro, si al trabajo no prestan su apoyo la fe, la esperanza y el común y general respeto, seremos, nosotros, los pobres, postergados, más hundidos en el desamparo y la miseria; arras-

trados por el turbión abasallador del desprecio y del *non serviam*, condenados al desesperante aislamiento y reclusión á los afectos terribles y á las caricias tristísimas de la ruina y de la miseria.

No digo—antes creo que lo dije—que esperemos á que los ricos nos amparen y á que nuestros derechos nos sean concedidos graciosamente; no; pero tampoco, mucho menos aconsejaré, ¡y Dios me libre de pensarlo!, que como impetuoso torrente tratemos de reivindicar nuestros derechos.

La presa rocosa y potente que se opone á la marcha de caudaloso río, es humillada y vencida; lame los pies del que bajo su caudal la sepulta, quien al caer por encima de élla entona un canto más soberbio de dominio, canto más escandaloso, que el que entonara en el decurso de su larga carrera.

Por muy perverso que sea el humano corazón, cuando el ser agobiado por el infortunio y por la pena, ruega, suplica, llora, dice sus necesidades, dicho todo siempre, sin vender el alma, sin malvaratar la dignidad, sin trocar el honor por una piltrafa, el rogado descende del enhiesto pedestal de su maligna soberbia y enjuga el llanto, y da la mano al que en el suelo yace, y presta su apoyo al desvalido.

Pero, si en momento de arrebatado—¡oidlo bien, desheredados de las caricias de la Fortuna!—si en un abceso de locura, os llegais á sentir presas de roca, capaces de contener el empuje de río que de su álveo se sale, seréis como aquella abasallados, escarnecidos, y al pasar sobre vuestros tendidos, yertos y exangües cuerpos, entonará más escandalosa y enervante carcajada, al contemplaros vencidos y humillados, al veros sin potencia para hacer frente á sus malditos arrestos y falsas pruebas de valor estudiado.

Lamed, lamed la mano que, tal vez, quisiérais ver cortada por su base; defended vuestros derechos, no por la razón de la fuerza, sino por la fuerza de la razón; respetad y seréis respetados; no os impongáis á quien vencer no podeis.

Juntémosnos en haz apretado los *párrafos* de la sociedad, como se jun-

tan las abejas laboriosas, excluyendo de nuestra colmena á los zánganos y la miel que fabriquemos no nos será arrebatada, porque opon-dremos á lo careta de alambre y al guante de goma de quien trate de robarnos, el venenoso aguijón de nuestros odios eternos, y la ponzoñosa picadura de la Pena del Talión.

Luchemos, primero por nuestra educación social, por nuestra educación moral y por nuestra educación *mercantil ó industrial*; respetemos á los medios, ó de la clase próximo-superior á la nuestra; no adulemos, pero, si respetemos también á los ricos y seremos respetados y tenidos en la sociedad, no como lo que hoy somos considerados, sino como iguales á los que viven en la opulencia; porque la mayor cantidad de los que en brazos de la Fortuna descansan reposados, nos lo deben á nosotros: A los pobres.

Ricos: Tened caridad.

Pobres: Vivid en la fé y en la esperanza; en Dios.

RAMÓN M.^a CAPDEVILA.

AUTOBIOGRAFIAS

De autores cómicos.

XIII

Francisco Flores Garcia

No soy ni guapo ni feo, como ustedes pueden ver. Aunque empiezo á encanecer, contra todo mi deseo, me encuentro en la plenitud de la vida, amor me inflama y estoy en lo que se llama la segunda juventud. No he de decir la verdad de mi edad, con precisión; que es de mala educación sacar á cuento la edad. La fecha en que ví la luz queda envuelta en el misterio que si bien soy hombre serio y formal—aunque andaluz—doy esa fecha al olvido, y tan sólo diré aquí que fué en Málaga... y nací sin querer haber nacido.

Cuanto á mis prendas morales, si los llevo á *encarecer*, van ustedes á creer que no estoy en mis cabales,

ó que tengo el gran defecto de la necia vanidad— porque yo, en ley de verdad, me creo un hombre perfecto; mas no esta bien que lo diga siendo el propio interesado. Que le también ignorado mi elogio; modestia obliga...

.....
Aunque amigo del deber y esclavo de la conciencia, me inspiran gran indulgencia las faltas de la mujer. Yo soy en *ese* terreno conciliador, transigente, y con la más *delincuente* hago el papel de *hombre bueno*. Algunas me han engañado, muchas me han hecho sufrir, aunque bien puedo decir que á las veces me he vengado, debo también confesar que, pasado el *arrechuche*, me paro, lo siento mucho y me inclino á perdonar. Perdonar, esa es la clave: aunque no aplaudo la culpa, hallo siempre una disculpa para la falta más grave; y con ese proceder lo paso divinamente y encuentro muy fácilmente quien lo sepa agradecer. Una advertencia importante: Si soy en *ese* terreno, compasivo y *hombre bueno* y poco de tolerante, mucho más que otro cualquiera, es porque, gracias á Dios, nada arriesgo, y veo los toros desde la barrera....

Y vengo, ya que es forzoso, aunque no muy conveniente, á tratar someramente el punto más escabroso. Por vocación decidida emprendí con mucho ardor la carrera de escritor en lo mejor de mi vida; y aunque no lo paso mal, si á tiempo hubiera sabido todo lo que hay escondido en esa senda *ideal*, renuncié de muy buen grado al *brillo* de tal carrera y soy con más gusto *hertera* ó *concejal* ó *abogado*.....
Desde que me establecí en esta gran capital, sin apoyo y sin un real, la situación comprendí. Ni perezoso ni apático, ejercí de *periodista*, de *poeta* y *novelista* y, *por fin*, de autor dramático. En la primera jornada llegué á *brillar*, á mi modo, ocupándome de todo

